

Francisco Coloane

El suplicio de agua y luna ⁽¹⁾

(CUENTO HISTORICO MAGALLANICO)

«Se encontraba en la prisión un francés y una mujer, sin que se sepa la causa de esa circunstancia».—(De la obra de don Robustiano Vera: «La colonia de Magallanes», pág. 55, y que se refiere a la noche del 26 de noviembre de 1851, en que la colonia fué incendiada por el terrible Cambiaso).



UN rayo de luna reveló de nuevo la siniestra tosquedad del calabozo; la mujer, engrillada en un rincón, no pudo contener el temblor que le producía el paso intermitente de la luz por la ventanilla de la improvisada prisión.

(1) Francisco Coloane, autor del cuento «El suplicio de agua y luna», es un intérprete original y auténtico de la vida de Magallanes y Tierra del Fuego.

Coloane es hijo de padre italiano y de madre chilena, de Chiloé. Allí nació, pero vivió desde niño en Punta Arenas, adonde se había trasladado su familia.

En el Liceo de Punta Arenas cursó humanidades. Y en esta ciudad, ya adolescente, hizo su servicio militar, adquiriendo, en íntima camarade-

Las noches de diciembre en el Estrecho de Magallanes son muy cortas. Después de un crepúsculo lívido y subyugante que dura hasta cerca de la medianoche, las negruras empiezan a tenderse con certeza; pero aun no han terminado su pintado sobre la tierra, cuando ya por el oriente aparece el tenue resplandor de la aurora, que pronto emergerá plena y radiante con su enjorado boreal.

Hacia bastante tiempo que la prisionera sufría esa sutil tortura de los rayos de la luna, que aparecía y desaparecía en un cielo jaspeado de claros profundos

ría con los reclutas de la región, una rica experiencia sobre hombres y costumbres de Magallanes.

El demonio de la aventura lo tentó muy joven. Fué marinero de cutters, cazadores de lobos, de goletas costeras y de vapores de la costa y de los canales.

Fué ovejero, es decir, cadete, aprendiz de ovejero en las estancias de Magallanes y de Tierra del Fuego. Su cultura es el hecho mismo, rico de savia humana, sin la intervención de lecturas y enseñanzas convencionales.

Así, su literatura es la natural expansión de su temperamento, innatamente artístico.

Sus asuntos, sus paisajes, sus héroes son la realidad misma que se hace vida literaria, vestida de fantasía creadora. Así procedieron los grandes escritores naturales. Un Gorky, un London, un O'Neil, un O'Flaherty.

Aparece tardíamente, cuando la conquista económica de la Patagonia ya se ha efectuado. Así nacieron los poetas épicos y los novelistas, estabilizada ya la vida material y claramente definida el alma colectiva de una región.

Es un pedazo de esa alma colectiva y de ese paisaje áspero, pero potente, el que se tiñe de realidad en la prosa viril de Coloane. El comerciante, el cuidador de ovejas de las llanuras, el aventurero español o yugoeslavo, derrotado o millonario, han contribuído, con el poema anónimo de sus vidas, rastreras o luminosas, a crear las escenas y la esencia misma de los relatos de Coloane.

Su libro, que aparecerá dentro de poco en Santiago, lleva el sugestivo

y de nubes velloneadas, cenicientas y oscuras, como las barbudas fases de los siete artilleros con que el ferroz Cambiaso había iniciado el motín en la incipiente colonia penal. Tortura sutil y, a veces, sobrecogimiento doloroso era para la joven aquel espectáculo, que no pasaba de ser un juego de luces y sombras en el desamparo del calabozo.

Existen personas tan fina y especialmente sensibles, que sufren hasta con los cambios de dolores: Están

título de «El témpano vivo» y en los diez relatos que lo forman («Lobo de un pelo», «Cururo», «La huesuda», «Perros, caballos, hombres», etc.) están descritos todos los aspectos de la vida terrestre y marítima de esas apartadas regiones de Chile, cuna del viento y de la nieve y también de una raza vigorosa y esforzada.

La vida del ovejero y de sus indispensables camaradas, los perros pastores, en el aislamiento de los puestos patagónicos, el obrero eventual del frigorífico, el lobero de los canales fueguinos, el perfil elemental del cazador de hombres y del yagán y del alacalufe que unen, con sus frágiles canoas, la vida moderna con el pasado, ya casi extinto, de las tierras del sur.

Y como una decoración cósmica, el desplazamiento de las nubes sobre un cielo desvaído e inmenso, arreadas por el suroeste, el estático sueño de la nieve invernal que, a veces, se echa a navegar en los témpanos de blancura espectral, sobre las corrientes azules.

A la recia nota humana, viva, dramática (Coloane no necesita lcerse a Girard y a los novelistas modernos para moldear pastiches literarios con nombre criollo) une nuestro novelista la piedad por el humilde, sea hombre o animal, uno de los secretos, indudablemente, de la vitalidad de su obra.

Coincide con la definición que él mismo dió de su literatura en un discurso:

«Soy un pájaro que se ha puesto a cantar, olvidado del mundo, sobre un hilo de escarcha, en un repliegue cualquiera de la Patagonia».

MARIANO LATORRE.

placenteras, cuando inundan sus ojos de verde o azul y sienten congojas cuando las aplasta el gris, el amarillo las irrita o las hiere el rojo. Como hay también espíritus que sufren ante el día o la noche, ante la luz o la sombra.

La prisionera de Cambiaso no era ni lo uno ni lo otro: era algo más, una sensibilidad relajada. Pasaba desde la impasibilidad absoluta con que veía el degüello de un indio o de un blanco en «El Peral» hasta el pavor más intenso que le causaba el ruido de los propios grillos que embarazaban sus blancas y hermosas piernas. Permanecía, a veces, en estados sobrehumanos o subhumanos. Su entendimiento flotaba en medio de somnolencias, aturdimientos y cercanías de locura. Sólo cuando el tirano penetraba en el calabozo, con su cara de laucha melindrosa, a primera vista hermosa, pero luego antipática por los ojillos bribones y esquivos y la exagerada largura de la cabeza, acentuada por el gorro militar de estilo frigio, sólo entonces recogía en un esfuerzo todas sus cualidades dispersas, sus fuerzas maleadas y surgía enhiesta, magnífica, la voluntad, negándose a los requerimientos amorosos del dios y señor de la destruída colonia.

Su exagerado amor propio donjuanesco había salvado a la prisionera, hasta el momento, de una violencia horrorosa. Amador irresistible, raptador de mujeres a lo largo del país: una en Santiago, otra en Petorca, otra en Ancud, una cuarta en Valdivia y una quinta que había venido siguiéndolo escondida en los

balandros hasta Punta Arenas, consideraba en mérito de este pasado, inaceptable tomar por la fuerza a esa francesita que había caído en sus manos. Se lo había jurado en su amarga soledad de despechado: —«¡El, el relegado teniente Cambiaso, convertido ahora por propia disposición en general, rey de la baraja y el trago, que había derrocado y quemado medio vivo al gobernador, fusilado, ahorcado, acuchillado a todo enemigo o a lo que él creyera enemigo, no se llamaría tal, si no conquistaba por puro amor a la francesita: «mi Luciérnaga», como habíala apodado amorosamente y con cierta ironía, al sentirse acobardado bajo el resplandor iracundo que sus bellos ojos despedían al visitarla como un vasallo en los anocheceres.

Ella fué siempre un misterio en la colonia. Decíase que era de origen francés. Pudo haber venido oculta—hablaban—en la fragata «Phaeton», buque de guerra de esa nacionalidad, que venía a tomar posesión del Estrecho y que fondeó el 22 de septiembre de 1843 para cumplir su misión, cuando ya hacía un día que la bandera de Chile flameaba en las márgenes abruptas de Puerto Hambre, izada por los expedicionarios de la goleta «Ancud», enviada a estas tierras por el previsor e ilustre Presidente don Manuel Bulnes.

Otros comentarios la hacían aparecer como una náufraga, y posiblemente de aquel bergantín, también de bandera francesa, encallado en la costa sur de la isla Campana del archipiélago Duque de Wellington,

algunos de cuyos tripulantes salvados, se internaron por la Patagonia occidental, de donde volvió muchos años después, sólo uno, medio loco, flaco envejecido y harapiento, trayendo el relato de una ciudad maravillosa, parecida a aquella leyenda de la Ciudad de los Césares. La francesa vivía bajo la especie de tutela de este viejo medio loco, a quien llamaba picarescamente «mi tío».

Pronto dió quehaceres curiosos y extraños a los setecientos habitantes de la colonia. Llegó a ser algo así como el terror de las gordas esposas de los bigotudos artilleros y causa de muchas reyertas entre la soltería,

Los jóvenes de la colonia que la habían visto subir en los días de nieve por la calle principal, la que partía del pequeño muelle, y escalar el repecho que hacía las veces de vereda, sostenido y cortado a plomo por una pared de postes de robles, hablaban deslumbrados de la blancura y contornos de sus piernas: —«¡Zanquea como una chara, hunde su piececito calzado con botín de caña alta en la gruesa capa de nieve, de casi un metro, y para que no se le moje levanta el pollerón hasta la rodilla y, ¡oh, delicia!, no se sabe si es más blanca la nieve o su piel, o si es más bella su pierna o la vida!» —exclamaban, cuando después de aburrirse de jugar a las barajas, eran conversación obligada las correrías de la francesita, que ponían una nota des-acostumbrada en aquel páramo de la sociedad.

El mismo don Benjamín, el Gobernador, más de una vez asomó su digna cabeza por la ventana de la

Gobernación, imponente edificio que se levantaba en el centro, dominando con sus tres miradores al pardo caserío, para contemplar a la «madame», como también la llamaban, cruzando el campo eriazo que servía de plazuela, emergiendo el grácil talle ajustado por elegante chaquetilla de cuello alto, de la campanuda pollera, que levantaba de cuando en cuando con donaire, al bordear los charcos, mostrando el fino borceguí modelado en la bella pierna.

No era muy avara de sus dones, pero entre los que permanecieron alejados de sus favores estaba el apuesto conquistador y flamante «general» Cambiaso. Este fué el motivo para que desde la noche en que la hizo detener, como fuera además decididamente resistido en su amor, el tirano juntara a sus ruegos inútiles la crueldad de hacerla obligada espectadora de sus horrores.

Así la joven fue llevada cerca de «El Peral», grueso tronco de roble donde se realizaban las ejecuciones, cada vez que del madero iban a colgar macabros frutos humanos.

Desde la noche del 26 de noviembre, en que el Nerón magallánico se dió el placer de destruir la colonia por el fuego y ella fué salvada de morir quemada en la cárcel, gracias a la intervención de Nicanor García, nombrado a la sazón «general de brigada» por Cambiaso, desde aquella noche y durante dos semanas había presenciado las escenas más horrendas: cuerpos chamuscados, retorciéndose en la pira levantada frente a «El Peral», baleados a mansalva, manos y dedos

cortados, apaleados, etc. En la tronchadera humana caían blancos, indios, mujeres. Los marinos ingleses de la «Elisa Cornish» y los norteamericanos de la «Florida», fueron fusilados después de haberse incautado de los barcos y de un gran botín donde figuraban nueve barras de oro.

Casi todo había sido arrasado por la extraña locura devastadora del cabecilla. Desaparecido todo el que había contrariado sus deseos, quedaba en pie un solo opositor, el más débil y el más fuerte a un mismo tiempo: la bella y joven francesa o la que suponían de ese origen, ya que de ello nada cierto se sabía.

Cambiaso hizo una legislación para sus «súbditos». De esta legislación, lo más curioso eran el procedimiento y las sanciones.

En este extraño Código, para cada falta o, mejor dicho, para cada deseo del tirano, había un artículo. Como todos los códigos, éste tenía también un vacío fundamental para satisfacer la caprichosa voluntad del que lo había creado. No había artículo alguno en que estuviera considerado el caso de la francesa. En su arbitraria ley, el cabecilla no había contemplado el delito de negarse a sus deseos de amor.

Por eso, la mujer tuvo un estremecimiento más violeto, cuando oyó los pasos de varios hombres que se acercaban a su calabozo. Hasta la fecha había venido sólo él trayéndole las viandas y sus repugnantes insinuaciones de amor. Ella habíase acostumbrado a resis-

tirlo y en las dos semanas de prisión, y a el ruido de sus pasos le era casi indiferente. Tembló al pensar que el tirano se habría aburrido con su procedimiento, y, ahora, la mandara a buscar para quizá que clase de ultraje o suplicio. En esos casos no importaba la muerte, pero sí la certeza de cómo iba a entrar en ella. Una bala hubiera sido agradable.

Sonaron las cadenas que hacían las veces de cerrojos y cuatro bigotudos artilleros penetraron en el calabozo. Dos de ellos se arrodillaron junto a la mujer, y, cuidadosamente, con un cortafierro, rompieron los grillos que atenazaban los pequeños y redondos tobillos. Los otros dos hombres la tomaron de los brazos y la condujeron fuera del calabozo. Era pasada la medianoche.

Había llegado la hora.

El trayecto se hizo en silencio. La mujer parecía no darse cuenta de todo cuanto la rodeaba.

El cielo era de un azul oscuro y profundo, salpicado de estrellas y moteado de nubes blancas que corrían persiguiéndose, formando y deshaciendo extrañas caravanas, a través de las cuales cruzaba navegando la luna, rompiéndolas a veces con su proa de diamante.

Una luz blanquecina flotaba sobre los escombros de la derruida colonia, dando la impresión de un raro encantamiento bajo la noche clara, encantamiento que interrumpía, de trecho en trecho, la hosca sombra de algún caserón de madera que quedaba en pie.

El mar del Estrecho estaba cruzado por una ruta

brillante, camino de espejuelos movidos temblorosamente por la brisa helada del oeste, que venía de peinar el lomo de la península de Brunswick para rizar al mar.

Cerca de «El Peral», a cuyo pie brillaba una costra de sangre humana, extendida sobre la tierra como una piel de lobo marino, había un cañón de artillería, junto al que conversaban tres hombres, destacándose la fina y alta silueta del feroz Cambiaso.

—¡Desnúdenla!—dijo el tirano— cuando los artilleros y la mujer estuvieron al pie del cañón.

—¡No! ¡No!, ¡por Dios!—gritó ella— forcejeando violentamente.

Los dos hombres la estrecharon contra sus gruesos cuerpos, donde quedó aprisionada, respirando fatigosamente.

Luego, se acercaron dos artilleros y empezaron a desprender las finas ropas, cumpliendo la orden del amo que ya miraba fuera de sí, como un poseso. Ese era el instante en que todos le temían, pues ya no parecía un hombre, sino el demonio mismo. Estiraba la cabeza como un felino, de ojos brillantes, sedientos de crueldad.

Pero, de pronto, del oscuro grupo de hombres, surgió una visión. Una visión que todos miraron con ojos desorbitados.

Maravillosa, turgentes los muslos y los senos, como una sirena que hubiera brincado de la espuma del mar, apareció la mujer, desnuda toda.

Dieciséis ojos viraron hacia la ilusión, dieciséis ojos vidriosos, animales, febriles e idiotizados, quedaron clavados en aquellas carnes hermosas y luego fueron rodando por las curvas del cuerpo, que eran una sola forma palpitante, vívida con toda la aspiración suprema del espíritu hecha realidad y la angustia de la pobre y miserable condición humana.

Anhelantes, indecisos, quedaron los ocho chacales. La luna brilló más en lo alto y su rayo potente esmaltó de luz fría y blanca los contornos anteriores de la hembra.

La mujer irguió, desafiante, la cabeza, como si no estuviera avergonzada de su desnudez. No era una hermosura frágil y delicada, sino una belleza potente que surgía ágil desde la planta de los pies, envolviendo aquel cuerpo que semejaba un nervio gigantesco, contraído y trémulo.

Los hombres aun estaban como petrificados. El movimiento airoso de aquella cabeza los inquietó un poco, y, luego, parecieron revivir. Los bigotes se les movieron como antenas heridas. El instante era álgido. Cambiaso comprendió el peligro y súbitamente, desesperadamente gritó: «¡Al cañón con ella!».

Los artilleros, acorralados sorpresivamente en el subconsciente, se removieron como bestias huasqueadas. Tomaron a la mujer en vilo, la tendieron de espalda sobre el grueso cañón con la cabeza hacia la cureña, amarrándole los pies cruzados en el vuelo de la boca del cañón y los brazos alrededor de la culata. La su-

pliciada parecía estar sonámbula. Cerró los ojos y dobló sobre el bello hombro la cabeza, en espera de cualquier cosa.

Entonces, desde un barril cercano, uno de los artilleros sacó un balde de agua y se acercó al cañón.

—¡Yal... — gritó uno, y el agua cayó como un ancho latigazo sobre el blanco cuerpo, que se encogió tiritando.

Cambiaso, rodeado de su séquito, miraba impávido el espectáculo. El que había dado la orden se acercó al oído de la mujer y dijo: «Mi general dice que en cuanto diga el sí se suspenderá el castigo y será tratada como reina; mientras tanto, hasta que no haya más agua en toda la colonia».

La supliciada no contestó. Los baldes de agua se sucedieron con breves intervalos. El cuerpo estirándose y encogiéndose, brillaba como un Cristo de nácar, un Cristo pagano y extraño, un Cristo-mujer, mujer bella y potente...

Ahora el cruel tirano podía llamar a la crucificada «mi Luciérnaga». Una luciérnaga enorme, hecha de agua y luna, fosforescente y magnífica, cubierta de perlas de luz, que corrían a esconderse por entre las sombrías y armoniosas curvas. Este era el artículo que faltaba al curioso Código: «La mujer que se negare al deseo amoroso de Cambiaso, sufrirá el Suplicio de Agua y Luna; el agua castigará al cuerpo, la luz de luna penetrará con su azote hasta el alma».

La mujer resistió los primeros baldazos de agua.

Aunque helados, los hubiera preferido continuos, como una ducha o un río. En verdad, más sufría cuando la luna patinaba sobre su cuerpo con su infinito ski de luz. Luego fué sintiendo como si cada baldazo la desollara de un tirón. Después parecióle que se aflojaba toda, en pausada inanición...

—¡Bastal... —gritó de pronto Cambiaso y se acercó presuroso al cañón.

El bello cuerpo se había puesto lívido y aterido. Después de observarlo un momento, el cabecilla exclamó:

—¡«Está» muerta!

Por orden del tirano, un artillero trajo una lona y cubrió el cuerpo de la víctima sin desatarlo del cañón.

—¡Nunca lo hubiera creído!—exclamó apesadumbrado Cambiaso y continuó: «Jamás pensé matarla. Cuando muchacho, sumergí durante horas enteras a un cachorrito en una tina de agua, hasta que murió temblando en mis manos. Creí que ella iba a resistir más. Bien; mañana le daremos una sepultura más digna que los otros!».

Pero, cuando al día siguiente fueron dos artilleros a buscar el cadáver por orden del amo, casi se fueron de espaldas al comprobar que ya no estaba sobre el cañón, del cual sólo colgaban las sogas desatadas...

.....

—¿La pobre mujer sufrió, además, un horrendo ultraje después de muerta?—pregunté a la viejecita, casi

centenaria, que acababa de narrarme, en forma trunca y poco coherente, esta extraña historia de la antigua colonia de Punta Arenas.

—¿O acaso, continué inquiriendo, se desmayó en el cañón y sólo estaba sin conocimiento cuando la creyeron muerta, huyendo después por sus propios medios de sus terribles verdugos?

—¡Estos pobres ojos que ya no ven, han visto tantas cosas que nada me extraña!—me respondió con su voz apagada y vacilante y siguió: «¡Sé de fondeados que en el fondo del mar han roto las amarras que los ataban a los pesos muertos y han salido con sus propios pies por la playa. Dicen que hace poco, en la huelga grande y en la de Santa Cruz, los hombres eran fusilados a montones, y que después, en las noches, algunos salían escarbando de debajo de la tierra y ganaban corriendo el monte para guarecerse. La brasa derrite, a veces, a la nieve y no se apaga!».

Terminó de hablar la anciana y levantó con un gesto, aun ágil, una hebra de plata de sus cabellos que había caído sobre sus ojos. Sobre sus ojos diminutos y azules como dos chispitas de cielo, en el fondo de los cuales aun parecía arder entre la ceniza de la ceguera, tenue y lejana, alguna brasa de su pasada juventud.